

Actualización teórica, lucha ideológica, en el caso de *Los Libros*

El texto donde el mundo se escribe a sí mismo

Mis posiciones generales –básicas– con respecto a la lucha de clases, el papel del proletariado en la historia, a la necesidad de la revolución son las mismas hoy que hace quince años atrás. Lo que ha cambiado tal vez es la manera de entender el rol del intelectual en el proceso histórico: cada vez comprendo más hasta qué punto ese rol tiene que ser “teórico”; esto es, que si a uno se ha dado la tarea de pensar, no hay otra salida que tratar de hacerlo lo más profundamente, lo más correctamente posible. ¿Podrá uno alguna vez cumplir con esta exigencia elemental?

Oscar Masotta¹

Desde su inicio, a fines de la década del sesenta, la revista *Los Libros* (1969-1976) describe para sí, un rasgo que puede resultar característico, o distintivo, de una vanguardia de pensamiento: tomar posesión de un lugar vacío o no constituido. Como propuesta en el ámbito cultural esto implicaba, para *Los Libros*, una instancia de actualización bibliográfica que respondía a una necesidad de intervención en el mercado.² Y generada al calor de un mercado, cuya estratificación aún no había producido ese espacio que la revista era candidata a llenar, *Los Libros* respondía también de manera explícita a una segunda voluntad: la proyección de un programa de política cultural que, lógicamente, tenía antecedentes significativos.

En los primeros años que sucedieron a la caída de Perón el problema del vínculo entre los intelectuales (no peronistas) con las clases trabajadoras (que sí lo eran en su inmensa mayoría) se vuelve un tema central en los debates que atraviesan a la “nueva

¹ Masotta, Oscar, “Prólogo” en *Conciencia y estructura*, Bs. As., Jorge Álvarez, 1968.

² Es un rasgo de los grupos de vanguardia la intervención en un mercado mediante “la oferta de una mercancía para la cual no existe ninguna demanda reconocida”. Sanguinetti, Eduardo, *Vanguardia, ideología y lenguaje*, Caracas, Monte Ávila, 1969.

izquierda” intelectual; una formación ideológica – en principio no demasiado homogénea– y en expansión, que entre otras cosas, asume una renovación y un distanciamiento respecto de la tradición de la izquierda liberal encarnada principalmente por el Partido Comunista Argentino;³ y que por ese entonces, se nutre de los renovados fermentos críticos que portaba consigo la generación crecida bajo el peronismo. Una generación que abocada, por un lado, a la tarea de reinterpretar y reevaluar el proceso histórico anterior y los dilemas que en el seno de la sociedad se irían cristalizando; por otro, se empeña en disputar a la izquierda ortodoxa la hegemonía del marxismo y los usos de Marx.⁴ De hecho, suele señalarse que no es posible comprender acabadamente la crítica literaria ni el ensayo filosófico o cultural del período que transcurre entre los dos golpes militares que derrocaron a ambos gobiernos peronistas, sin atender al auge que conoció simultáneamente la cultura marxista.⁵

José M. Aricó se refería a *la influencia creciente del marxismo sobre la cultura contemporánea* en los términos siguientes:

Es difícil encontrar hoy un libro de economía de teoría política, sociología o filosofía que no se refiera a Marx y al marxismo. Las obras y las teorías de Marx suscitan un interés particular y a diferencia de lo que ocurría a fines del siglo pasado y comienzos del presente, ese interés no es ya sólo interno al movimiento socialista, sino que también y fundamentalmente, exterior a él. Hay un proceso de universalización del marxismo y tanto Marx como Engels forman parte de los clásicos del pensamiento moderno hasta en los países capitalistas. El marxismo participa del saber de nuestra época y todos somos, de una manera u otra, “marxistas”.⁶

³ Son más que ilustrativas de esta atmósfera ideológica las reflexiones autobiográficas de una figura tan emblemática de la intelectualidad como fue Masotta: “Reaparecían entonces para mí las cuestiones fundamentales que ciñen a la vida del intelectual contemporáneo: la política y el Saber. No hablaré de ellas aquí. Con respecto a la primera diré, que el problema de la militancia, al menos en la argentina aparece intocado. La cuestión fundamental está en pie. ¿Debe o no un intelectual marxista afiliarse al partido comunista? Yo no me he afiliado. Primero, porque los cuadros culturales del partido no resistirían mis intereses teóricos. El psicoanálisis, por ejemplo. Y en segundo lugar porque hasta la fecha disiento con los análisis y las posiciones concretas del P. C. Por estas razones no me he afiliado, y no sé si lo haré algún día. Pero respeto a quienes lo hacen o lo han hecho. Pero además, ¿dónde militar? ¿Con qué grupos trabajar? ¿qué hacer?” Oscar Masotta, “Roberto Arlt, yo mismo”, op. cit.

⁴ Un debate teórico que en el ámbito del marxismo occidental se viene dando a partir de la denuncia de los crímenes del estalinismo y su dogmatismo en el vigésimo congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956.

⁵ Tarcus, Horacio, “El corpus marxista”, en Cella, Susana (comp.) La irrupción de la crítica, Bs. As., Emecé, 1999.

⁶ Aricó, José María, “El marxismo antihumanista”, en *Los Libros* N° 4, Octubre de 1969.

Durante la época, entendida en los términos de una historia de las ideas más como un campo de lo que es públicamente decible y aceptable –y que goza de la más amplia legitimidad y escucha– en cierto momento de la historia, que como un lapso temporal fechado por puros acontecimientos, el marxismo impregnaría las disciplinas y se erigiría, al menos en lo que hacía a las ciencias sociales, como centro de gravitación del saber contemporáneo. Esta convicción, acompañada de un retraimiento creciente de la cultura liberal, lo convertiría en uno de los ejes de la modernización cultural, y pasaría del ámbito de las revistas partidarias y los pequeños cenáculos, a las más importantes revistas culturales.

Sin duda, uno de los espacios centrales de intervención más importantes de la época es la revista cultural. Un lugar en el que el intelectual encuentra un poderoso eco de resonancia para su discurso y para pronunciarse sobre los asuntos contemporáneos. Los programas de las revistas suelen señalar la presencia del impulso intelectual hacia lo público marcado por la voluntad de intervenir sobre la coyuntura del presente para modificarla. Reflejan la confianza en la potencia discursiva de los intelectuales, sus apetencias críticas y la tendencia a conformar núcleos de reflexión colectiva. Tal como se lee en el editorial del primer número de *Pasado y Presente* en 1963:

Toda revista es siempre la expresión de un grupo de hombres que tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad. Expresa, entre otras palabras, el vehemente deseo de elaborar en forma crítica lo que se es, lo que se ha llegado a ser, a través del largo y difícil proceso histórico que caracteriza la formación de todo intelectual.⁷

Las revistas se constituyen tanto en el soporte material de una circulación privilegiada de nombres propios e ideas compartidas, como en el escenario de los principales debates y polémicas; y resultan un modo de intervención adecuado a los perfiles de la época y de la relación programáticamente buscada entre cultura y política como un modo de pensar la militancia en el plano cultural.

En este sentido, *Contorno* (1953-1959) puede formularse como uno de los antecedentes más importantes. Reconocida habitualmente como la publicación que

⁷ José Aricó, “Pasado y Presente” en *Pasado y Presente*, año 1, número 1, Córdoba, abril-junio de 1963.

inaugura el discurso crítico contemporáneo –apreciación que buena parte de los participantes nucleados en *Los Libros* ha contribuido a consolidar– lo que *Contorno* amaga en sus páginas es una crítica que tiene cierta unidad, más que por sus procedimientos o metodología, por lo circunscripto de los asuntos sobre los que opera, “que pueden resumirse mediante una fórmula (convertida en divisa programática por una revista de los años setenta): *crítica política de la cultura*. Tal vez resida allí el acento de su principal novedad, de su coherencia y de una perdurabilidad germinativa que puede rastrearse en los proyectos críticos posteriores de otras revistas”.⁸ La intervención de los animadores de *Contorno* opera en el plano de las ideas sobre la literatura y los efectos de ésta sobre la historia. Esta acción ideológica pretende ubicarse en un plano más amplio, en un radio que abarque la totalidad de la historia cultural argentina de la que la literatura es una pieza central, pero no excluyente. Los aúna en este esfuerzo el influjo de la teoría del compromiso sartreano. Puente que favorece el vínculo político cultural argumentando a favor de un tipo de relación específica del intelectual con la sociedad. La doctrina del compromiso asegura a los intelectuales, portavoces de una conciencia humanista y universal, una participación en la política sin abandonar el propio campo, al definir la tarea del intelectual como un trabajo siempre político. A la vez, el compromiso implica una alternativa a la afiliación partidaria concreta,⁹ mantiene su carácter universalista y permite conservar la definición del intelectual como posición desde la que es posible articular un pensamiento crítico sin marco constrictivo alguno.

Otro antecedente destacable es la publicación cordobesa *Pasado y Presente* (primera época: 1963-1965), de clara inspiración gramsciana, fundada por un grupo de jóvenes militantes del PCA formados bajo el ala de Héctor Agosti. El grupo integrado, entre otros, por José Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler, al que se suma Juan Carlos Portantiero desde Buenos Aires, y que comanda la revista, es expulsado del partido como resultado de una fuerte polémica interna iniciada por uno de sus miembros.¹⁰

⁸ Panesi, Jorge, “Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: Sur / Contorno” en *Críticas*, Bs. As. Norma; 2000. La referencia a la revista de los setenta es evidente: *Los Libros* lleva como subtítulo “Para una crítica política de la cultura” desde el número 21 (Agosto de 1971) hasta el 40 (Marzo-Abril de 1975)

⁹ Debe leerse en este sentido lo expresado por Masotta en la nota 3.

¹⁰ La polémica se inicia con una intervención de Oscar del Barco, “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad”, publicada en el número 59 (septiembre/octubre de 1962) de la revista *Cuadernos de Cultura*. El tema del debate fue filosófico: “la concepción de objetividad” en la obra de Gramsci, pero el objetivo de esa verdadera provocación teórica era político. Se trataba de forzar la apertura de espacios para

El conjunto intelectual reunido en *PyP* encuentra vía Gramsci, como lo había hecho *Contorno* vía Sartre, un modo de articular y fundamentar una práctica específica en el ámbito cultural con su consecuente irradiación en el plano político. La “vasta inspiración cultural” de los escritos de Gramsci será decisiva según Aricó para esta empresa: “Gramsci era el primer marxista que desde la política y la reflexión política parecía hablar para nosotros, los intelectuales. En realidad era uno de los nuestros; de algún modo expresaba lo que nosotros hubiéramos querido ser sin haberlo logrado nunca: hombres políticos capaces de retener la densidad cultural de los hechos del mundo, intelectuales cuyo saber se despliega y se realiza en el proceso mismo de transformar. (...) Por primera vez la cultura era colocada allí donde debía estar, como una dimensión insuprimible de la acción política.”¹¹ *P y P* se proponía “ser la expresión de un centro de elaboración cultural relativamente autónomo de la estructura partidaria y un punto de convergencia de los intelectuales comunistas con aquellos que provenían de otros sectores de la izquierda argentina”.¹² El editorial del primer número, escrito por el propio Aricó, postulaba la necesidad de convertir al marxismo en filosofía de masas, superando el clásico divorcio entre intelectuales y el pueblo-nación. Uno de los intentos más serios de superación, reconocía, había sido *Contorno*, allí donde esta experiencia había fracasado, era necesario retomarla desde un nivel superior, colocando ahora explícitamente una cultura renovada y militante “como punto de arranque de una verdadera política de unificación cultural destinada a otorgar al proletariado la plenitud de su conciencia histórica”.¹³

También Gramsci ofrecía los presupuestos teóricos para pensar el modo de intervención ideológica que intentaba la revista. El subtítulo “Revista de ideología y cultura” registraba la intención específica de permanecer en el campo de la práctica teórica. Entre la dimensión específicamente *política* y la *cultural* encontramos la *ideología*. Es claro que el término “ideología” no revestía el sentido clásico marxista de “falsa conciencia”. Gramsci brindaba en los *Cuadernos de la Cárcel* un nuevo sentido para “ideología”, designándola como “cemento”, como “soldadora”, como contenido cultural de un bloque

una reflexión más ajustada a los nuevos aires que se respiraban a partir de la crítica kruschoviana a la era estalinista, y en América Latina a partir de la Revolución Cubana. El objeto elegido no fue inocente: correspondía en buena medida a varios de los núcleos fuertes del andamiaje teórico del PCA, cuya base, el marxismo leninismo, era la versión estalinista de la herencia de Marx y Lenin.

¹¹ Aricó, José M., *La cola del diablo*, Bs. As., Siglo XXI, 2005.

¹² José Aricó, op. cit.

¹³ José Aricó, *Pasado y Presente*, N° 1.

histórico determinado. Este conjunto de ideas, de posiciones teóricas que argumentan y sustentan las posiciones políticas y las lecturas de la realidad de los grupos participantes del enfrentamiento político, que explican su tipo de actuación histórica, es la “ideología” en el sentido del subtítulo de la revista. Entonces, el programa de la revista se basará en un modo de intervenir a partir de la participación en el debate ideológico en un diálogo permanente con el campo de la cultura. En este sentido hablará poco y nada acerca de los hechos de la política inmediata. No se referirá al acontecer político, ni realizará un acompañamiento de las políticas de gobierno, de los sindicatos, o de los partidos. Este tipo de experiencia original que pretende producir política interviniendo de un modo particular en la cultura será asumida unos años más tarde por la revista *Los Libros* como argumento central de su programa.

Lo que es posible detectar en estas experiencias (tanto la de *Contorno* como la de *P y P*) es la divergencia en el diseño que esboza los perfiles del intelectual. *Contorno* asumirá por excelencia un modelo de intelectual “denuncialista” o “contestatario” articulado a partir de la figura de “intelectual comprometido” de inspiración sartreana. Tal inflexión, en principio dominante en el período al cual nos referimos, no debe ocultar la emergencia del modelo de intelectual orgánico.¹⁴ Emergencia vital que aparece como recurrente insistencia en el trabajo de los gramscianos de *P y P*. La cuestión de los complejos caminos del vínculo de los intelectuales con la política transformadora, la búsqueda de un vínculo raigal entre intelectuales y clase obrera, o como posteriormente dirá Aricó, de un “anclaje de clase”, de un “enclasmiento”, será uno de los principales leitmotiv de la revista. El desarrollo de este vínculo permitiría el recuento con la cultura nacional y popular y la superación de los abismos entre la izquierda marxista y el pueblo políticamente referenciado con el peronismo. El Gramsci de la cuestión nacional-popular, según es posible detectar en la producción de la revista, proveería los elementos adecuados para la operación.¹⁵

¹⁴ Terán nos informa al respecto: “Ambos tipos no responden necesariamente a una secuencia temporal sino que pueden superponerse y entrelazarse, y por eso si el primero habla a sus pares y a la sociedad mientras el segundo más bien intenta dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse sobre ellos y desempeñar su misión, entre ambas estructuras se producen líneas de pasaje y de préstamo que definen identidades más complejas respecto de aquellas otras adscribibles con mayor nitidez a alguno de los tipos ideales más puros”. Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

¹⁵ Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Según este autor, sólo en la coyuntura de comienzos de la década del setenta esta última tesis se aproximará a su realización concreta, en las relaciones entre una creciente radicalización de las masas populares peronistas y una exitosa aproximación al mundo popular de una densa camada de intelectuales también radicalizados.

Buena parte de estos postulados inherentes a las páginas de *P y P*, pero también de *Contorno*, serán recuperados en *Los Libros* en sucesivos períodos a lo largo de su historia.

Su propuesta inicial implica reseñar mensualmente las principales novedades del mercado editorial en materia de literatura y ciencias sociales (historia, filosofía, sociología, economía, antropología, política, psicoanálisis, teoría literaria, crítica de la literatura). Reseñas que son realizadas por especialistas en cada área y que exhiben una rigurosidad y profundidad muy poco habitual para este género de publicación. De esta manera, *Los Libros* se propone fundar un espacio inexistente, de intervención en el mercado, pero también en el ámbito de la crítica, de la crítica cultural y, fundamentalmente, de la crítica literaria en cada una de sus variantes. Para ello recurre al arsenal metodológico que proveen los nuevos saberes que campean en el ámbito de las ciencias sociales (el estructuralismo, el psicoanálisis, el marxismo althusseriano, etc.) y todo aquello que hace a la actualización disciplinaria. Este afán de modernización combina lo más avanzado del pensamiento europeo con la teoría de la dependencia que por aquellos años también imperaba en el campo de la cultura.¹⁶ Héctor Schmucler, uno de sus fundadores y director, en una entrevista concedida en 1996, definiría la experiencia en los términos que siguen:

“La revista *Los libros* era una revista importante en aquella época, porque era como la presencia de toda la vanguardia del pensamiento en aquellos años y por donde deben haber pasado todos los nombres célebres: desde Eliseo Verón a Tomás Eloy Martínez y desde Portantiero o Pancho Aricó a varios de los dirigentes culturales de hoy. Y fue eso, fue el estructuralismo primero, haciéndose posteriormente más política. De todas maneras, éramos en el 69-70 una vanguardia intelectual, a la que los peronistas llamaban “intelectuales no comprometidos con el pueblo.”¹⁷

Es necesario resaltar dos elementos de esta caracterización: el que alude a la “vanguardia del pensamiento”, y el que refiere a la ausencia de “compromiso” que se deriva del modo en que eran calificados por “los peronistas”. El primero, es la confirmación de aquello que se da a leer en las páginas de la revista: la intromisión de un flamante repertorio de vocabularios, metodologías y técnicas de análisis –los nuevos saberes– en

¹⁶ Ver: Panesi, Jorge, “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, en *Críticas*, Buenos Aires, Norma, 2000.

¹⁷ Citado en Burgos, op.cit.

circulación, que por aquel entonces instituían una actualización teórica. El otro elemento, debe ser necesariamente pensado sin perder de vista las palabras de Masotta que sirven como epígrafe de este apartado. Se trata del *modo de entender el rol del intelectual en el proceso histórico*. No se verifica de ninguna manera en las páginas de *Los Libros* una falta de compromiso político. Al menos en su fase inicial, el grupo de hombres y mujeres que la conforma, parece decirnos, coincidiendo con Masotta, que ese rol debe ser *teórico*. Que se les ha dado *la tarea de pensar y que no hay otra salida que hacerlo lo más profundamente y correctamente posible*. Tal tarea se apoya en el plan de ejercer un trabajo de rigurosidad analítica que incorpora tanto los modelos de las teorías foráneas como sus reformulaciones a partir del contexto cultural y social propio. Para ello, la teoría de la dependencia funciona como garante equilibrando la ecuación.¹⁸ Se ofrece como marco que permite llenar las apetencias científicas sin comprometer la labor cultural militante.

Si nos concentramos en el texto inaugural de la publicación, “*La creación de un espacio*”, que funciona como una especie de programa o manifiesto, es posible leer la alusión a *un vacío*. Vacío que requiere la creación de un espacio con un terreno preciso: *la crítica*. La consigna es darle un objeto, definirla, establecer los instrumentos de su realización y distanciarse de la concepción tradicional que rodea a las revistas literarias: “no es una revista literaria entre otras cosas porque condena la literatura en el papel de ilusionista que tantas veces se le asignara. La revista habla del libro y la crítica que se propone está destinada a desacralizarlo (...) En la medida en que todo lenguaje está cargado de ideología, la crítica a los libros subraya un interrogante sobre las ideas que encierran. El campo de una tal crítica, abarca la totalidad del pensamiento. Porque los libros concebidos más allá del simple volumen que agrupa un número determinado de páginas, constituyen el texto donde el mundo se escribe a sí mismo.”¹⁹

El propósito parece inusual y novedoso, intervenir en el mercado editorial a través de un discurso informativo descriptivo,²⁰ pero también y fundamentalmente, como se

¹⁸ Jorge Panesi, op.cit.

Sin embargo, según leemos en la autocrítica del editorial del n° 8 de mayo de 1970, la revista es acusada de crítica, elitista, extranjerizante y estructuralista. A lo que ellos responden: “*lo único que se intentaba era introducir un discurso específico, un método riguroso*”.

¹⁹ Editorial N° 1, julio de 1969.

²⁰El subtítulo de la revista es *Un mes de publicaciones en la Argentina* y el mundo hasta el N° 8, y luego, *Un mes de publicaciones en América Latina* hasta el N° 21. La verdadera novedad respecto de *Contorno* o *P y P* estaría dada por su voluntad de intervenir en el mercado.

insinúa arriba, por medio de un discurso crítico con fundamento materialista. Los alcances de este discurso operan sobre las ideas (ideología) acerca de la literatura, a la que se pretende modificar quitándole su sacralidad burguesa, y sobre los códigos de lectura desmontando su base ideológica. La capacidad de leer en *el texto el mundo* revela la voluntad de develamiento de los mecanismos de producción de las ideologías

Las estribaciones de los precursores de *Los Libros* se verifican tanto en el modelo de intervención política en la cultura, como en la presencia recurrente en sus páginas de ciertas elaboraciones previas. *P y P* no sólo proporciona un ideal de acción, también contribuye con el aporte intelectual de algunos de sus ex integrantes²¹. En el caso *Contorno* la deuda será menos constante, pero sin duda más sonante. Al punto tal que, algunos de los críticos de la revista se plantean como programa una superación, en términos hegelianos, del trabajo de los contornistas.²² No obstante, no estarán dispuestos a prescindir de la vigencia de un tipo de crítica política e histórica como la de David Viñas en *Literatura argentina y realidad política* que es unánimemente celebrada como hito. En este sentido, tampoco puede pasar inadvertidas las inflexiones contornistas evidentes en el tratamiento de muchos de los artículos que la revista publica.²³

Tampoco sería desatinado afirmar que *Los Libros*, en tanto proceso evolutivo, corre un destino similar al de *Contorno* o al de *P y P*. De un comienzo donde la preocupación central es la cultura y la literatura, hacia un final de hegemonía de la política.²⁴ El recorrido histórico de la revista²⁵ y las sucesivas oscilaciones y revisiones que entraña respecto de su programa inicial tienen que ver fundamentalmente con dos motivos: la manera en que se resuelve la relación entre la esfera cultural y el campo político; y en estrecho vínculo con el primer motivo, con el modo en que entiende el rol del intelectual y su posicionamiento en

²¹ Obviamente encuentra en Héctor Schmucler a su director. Pero también contribuirán con reseñas y artículos en reiteradas ocasiones José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco, Santiago Funes, entre otros.

²² Ver Nicolás Rosa, “Viñas: la evolución de una crítica”, N° 18, abril de 1971.

²³ Algunos ejemplos: Nicolás Rosa, “Sur o el espíritu de la letra”, N° 15/16, enero-febrero de 1971; o Beatriz Sarlo “La retórica de Eduardo Mallea”, N° 12, octubre de 1970.

²⁴ Me refiero al sintomático relegamiento de las prioridades de crítica cultural en función de las directamente políticas. En el caso *Contorno*, el número 7/8 dedicado al peronismo, el viraje hacia el desarrollismo expresado en los *Cuadernos*, y la decepción final por la “traición de Frondizi” en el número 9/10. En cuanto a *P y P* en su segunda etapa (1973), su aproximación a las fuerzas más radicalizadas del peronismo. Ver “La larga marcha al socialismo en la Argentina” (editorial del N° 1, abril-junio de 1973), o “La crisis de Julio y sus consecuencias políticas” (editorial del N° 2, julio-diciembre de 1973)

²⁵ Para un análisis histórico más pormenorizado ver: Grupo de investigación de Revistas Argentinas del siglo XX, “Los Libros: la construcción de un texto posible, entre el Cordobazo y el Golpe” en *El Matadero*, Segunda época n° 4, Bs. As., Corregidor, 2005.

el proceso político. Estos sucesivos reajustes y reordenamientos que los integrantes de la revista operen resultarán, sin lugar a dudas, tanto de una voluntad de autorreflexión y de conciencia de la propia práctica que tendrán desde el origen del proyecto, como de los modos de inserción institucional que asuman en el proceso histórico.

Cuestiones de método

El problema más arduo con el que debe enfrentarse quien intenta hacer crítica es el de la conexión entre “análisis inmanente”, es decir, el análisis de estilo (en los términos de la estilística), y el nivel de las significaciones que reside en lo histórico y en lo político.

Oscar Masotta²⁶

Promediando la década del sesenta el reconocido semanario *Marcha* de Montevideo es escenario de una polémica que tiene como protagonistas a Eliseo Verón y a Juan José Sebreli. Esta polémica ilustra una tendencia renovadora en el campo del pensamiento de izquierda: en un contexto de auge creciente del pensamiento estructural, de Lévi-Strauss a Barthes, y de Foucault a Lacan, el althusserianismo desplaza al marxismo de corte humanista-historicista, con sus tópicos de sujeto y conciencia, por otro marxismo de corte científicista y fuertemente determinista, centrado en invariantes estructurales. Conceptos y nociones claves en el proceso de modernización cultural de fines los cincuenta –como conciencia y alienación –se ven progresivamente desplazados por una nueva jerga, cargada de estructuras, epistemes, rupturas epistemológicas, prácticas teóricas o aparatos ideológicos.²⁷ Masotta en un escrito autobiográfico mostraba este corrimiento progresivo de intereses, desde la filosofía de la conciencia hacia el pensamiento estructuralista, desde el marxismo sartreano hacia el psicoanálisis lacaniano y la semiología:

“En lo que refiere al SABER: en estos años he descubierto a Lévi-Strauss, a la lingüística estructural, a Jacques Lacan. Pienso que hay en estos autores una veta para plantear, en sus términos profundos,

²⁶ Oscar Masotta, “Sobre la crítica literaria en la Argentina”, en *Conciencia y estructura*, op. cit.

²⁷ Horacio Tarcus, op. cit.

el problema de la filosofía marxista. Lo que significa que ya no estoy tan seguro de las posiciones filosóficas, teóricas, sartreanas, como lo estaba hace ocho años atrás. Es que en esos ocho años, al nivel del saber, han pasado algunas cosas: entre otras, un cierto naufragio de la fenomenología. La filosofía del marxismo debe ser reencontrada y precisada en las modernas doctrinas (o ciencias) de los lenguajes, de las estructuras y del inconsciente. En los modelos lingüísticos y en el inconsciente de los freudianos. A la alternativa: ¿o conciencia o estructura?, hay que contestar, pienso, optando por la estructura. Pero no es tan fácil, y es preciso al mismo tiempo no rescindir de la conciencia (esto es, del fundamento del acto moral y del compromiso histórico político).»²⁸

Pero volviendo a la polémica en *Marcha*, Verón –uno de los principales mentores del cambio de paradigma– en un artículo maliciosamente titulado “Muerte y transfiguración del análisis marxista”, arremete contra dos exitosos libros del ex-contornista –*Buenos Aires vida cotidiana y alienación* y *Eva Perón ¿aventurera o militante?*– mostrando cómo la pretensión de Sebrelí de apelar a la sociología marxista para una estrategia desmitificadora da por resultado la producción de nuevos mitos. Verón se vale de los instrumentos de la semiología, el concepto barthesiano de mito, o el de “práctica teórica” de Althusser, para deslegitimar el género ensayístico de Sebrelí, en nombre de un “análisis marxista” informado de estructuralismo que se confunde, incluso, con el método científico.²⁹ Sebrelí responde también en *Marcha* con otro artículo titulado sugestivamente “La ciencia oficial contra el marxismo”, donde se apoya en Sartre para defender el marxismo fenomenológico contra el fetichismo del saber académico. Sostiene la legitimidad del género ensayístico y cuestiona la metodología de Verón, “su método crítico sigue literalmente el análisis estructuralista de Leví-Strauss, que es el último grito de la moda en los círculos filosóficos académicos”, acusándolo de snobismo y hermetismo.³⁰

²⁸ “Roberto Arlt, yo mismo” op. cit.

²⁹ Eliseo Verón, “Muerte y transfiguración del análisis marxista”, en *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969. En un análisis semiótico de los distintos niveles de significación, de las estrategias de argumentación del texto de Sebrelí, Verón concluye que estos libros contienen los gestos del análisis marxista sin sus resultados concretos. Validándose en el prestigio del marxismo se autodefinen como algo que efectivamente no son. Verón explica esta operación en término de condición de una cultura dependiente como la nuestra: “La cultura dominante de un país capitalista acepta y absorbe en su universalidad abstracta todas las tradiciones culturales, todas las formas de desarrollo intelectual, aun aquellas que como el marxismo ponen objetivamente en cuestión las raíces de esa cultura: la única condición que exige es la mitologización, la mutación de las operaciones reales del método en gestos de un mito.”

³⁰ Juan José Sebrelí, en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Bs. As., Sudamericana, 1997. Sebrelí concluye: “Cuando un escritor intenta inducir en la medida de sus posibilidades, a un cambio de conciencia, cada libro suyo debe ser antes que nada un acto político, un arma de combate, siendo el arma específica del

Masotta, un verdadero iniciado en el sutil arte de la injuria, cierra el episodio con un texto confeccionado para *Marcha* y finalmente no publicado, pero que aparece en *Conciencia y estructura*: “Anotaciones para un psicoanálisis de Sebrelí”. Allí defiende la posición de Verón y acusa a su ex compañero de no cumplir con las exigencias del “análisis marxista”, e ignorar el sentido profundo de *la noción althusseriana de “praxis teórica”*. Lo que se lee insistentemente es un hincapié en los conceptos y el rigor metodológico como garantía de análisis: “Lo que hay de profundo en Althusser consiste en definir la “praxis teórica” en el contexto de desarrollo del comunismo, y por lo mismo en el contexto de la “praxis práctica” (...) esto es, en **señalar para las dos praxis un punto de unión y su línea de separación, su dependencias relativas y la legitimidad de su autonomía.**” Al respecto podemos asegurar que “las dependencias relativas” y “la legitimidad de la autonomía” de la teoría, el rol teórico del intelectual, volverán en *Los Libros* como preocupaciones centrales.

Sin duda, nadie en *Los Libros* ejerció tan vehementemente la tarea de control metodológico y de replanteo de los alcances y postulados de la crítica como Nicolás Rosa. La intención, tal como afirmaba el texto programático del número inicial, consistía en asignar un terreno preciso para esa crítica: *darle un objeto –definirla– establecer los instrumentos de su realización*. Y para ello la revista no pierde tiempo. En una reseña sobre un ya clásico volumen, compilado por Jorge Lafforgue, que reunía una serie de artículos críticos acerca de lo que por aquel entonces se conocía como nueva novela latinoamericana, Rosa se pregunta por la existencia y las condiciones de posibilidad de una “nueva crítica”.³¹ El volumen reúne un conjunto de trabajos críticos que Rosa se dispone a evaluar; quienes cumplen con ciertos requisitos o estándares metodológicos ganan un lugar en la “nueva crítica”, quienes no lo hacen, repitiendo las viejas mañas heredadas, quedan fuera.

El texto no disimula los aportes e instrumentos que proveen tanto la lingüística como el psicoanálisis y el marxismo althusseriano. Concibe que en todo discurso existe un

escritor el lenguaje, debe buscar las formas de comunicación, que no pueden ser las fórmulas de la ciencia de gabinete, ni la jerga tecnística, ni la nostalgia por el orden lógico matemático del estructuralismo”.

³¹ Nicolás Rosa, “Nueva novela latinoamericana ¿nueva crítica?”, en *Los Libros*, N° 1, julio de 1969. “Nueva crítica” rinde tributo a lo que se conoció con ese nombre en Francia a partir de *Sur Racine* de Roland Barthes. Este libro trae polémica, sobre todo con una reputada figura del campo literario francés, Raymond Picard, que en *Nouvelle critique ou nouvelle imposture* dispara contra Barthes. Barthes responde con *Crítica y verdad*.

nivel de significación ideológica que es necesario develar. En el caso de la “escritura” literaria, ese nivel requiere ser analizado por una ciencia de la textualidad. Y esa ciencia es la lingüística:

“Es evidente que la lingüística es la que ha creado el clima necesario para el acercamiento a lo concreto real de la obra –hecho de palabras– y la posibilidad de la creación de un instrumental científico para abordarla. A partir de este nivel [el lingüístico] todas las explicitaciones de las ideologías mayores –marxismo, freudismo– actúan como modelos totalizantes que dan el sentido último a la interpretación de la crítica.”

Frente a esto, se señala el camino incorrecto predominante en la crítica literaria del momento: “nos movemos en un registro no definido de naturalismo-idealismo, de lenguaje vago e impreciso y metalenguaje crítico no suficientemente elaborado, de oscura fenomenología y enclaves contenidistas”. Y continúa definiendo a la nueva crítica: “nos agrupa (...) un interés –difuso y concreto al mismo tiempo –en valorar la literatura como creación del mundo, rechazando los automatismos peligrosos, y una voluntad de demitificación que apunta primariamente a la literatura y secundariamente a la sociedad que la produce.”

Esta confianza reside en una certeza técnica: todo un conjunto de saberes acumulados hacen que la crítica se experimente a sí misma como sitio privilegiado desde el cual se produce la deconstrucción ideológica de cualquier otro discurso. Aunque se reconozcan dificultades, escollos por sortear, el contexto parece particularmente optimista. Tal como lo expresa Josefina Ludmer en una reseña impregnada por el nuevo vocabulario, acerca del primer libro de Rosa:

“La crítica es sobre todo creación de un lenguaje, y ese lenguaje, según mi opinión, debe acercarse lo más posible a la denotación (aunque sepa que nunca la obtendrá, en tanto se maneja con palabras), o por lo menos debe definir cada uno de los términos empleados; el crítico (...) destruye la retórica pero no erige una antirretórica sino una arretórica”.

“...; el camino es trabajoso y quizás todos los sembramos de errores, pero es el único, para la crítica argentina, que señala el punto de partida de una productividad real: *Crítica y significación* plantea

(significa), tanto para Rosa como para todos los críticos que escribamos después de él, ese camino como abierto al rigor”.³²

Una apuesta al rigor metodológico, a una teoría de la científica de la textualidad que logre romper con la tradición crítica entendida como interpretación.³³ Una crítica analítica que supere cualquier “naturalidad” asignada a la escritura y a la lectura cuya tarea consiste en *inventariar los códigos inmanentes a la estructura social* (sus lecturas que son organizadoras de escritura) para ubicar entonces *la especificidad de lo que se llama “literatura”*.³⁴

En las páginas de *Los Libros* se aprecia una suerte de inflación del vocabulario, de los conceptos, de las categorías analíticas; una hinchazón teórica que tiende a revestir toda intervención con el ropaje científicista. Difícilmente la revista podía recusar este mote, y no sólo en el campo de la crítica literaria, donde lo científico funciona como horizonte utópico, sino también en otros terrenos como el del análisis político; por un lado, reclama una *sistematización científica de la crítica*,³⁵ mientras que por otro, se siente decepcionada al no poder alcanzar el debido rigor científico.³⁶

³² Josefina Ludmer, “La literatura abierta al rigor”, *Los Libros*, N° 9, Bs. As., julio 1970, pág. 5.

³³ “Se producen textos, pero sólo algunos son legitimados como literatura. La demarcación, mágicamente fundada en la ideología y confirmada en diversas “tradiciones literarias”, abre un abismo entre los textos legítimos y los otros. Franquear ese abismo implica develar una relación de propiedad: la de la retórica, los verosímiles, los códigos específicos. Sobre esta “apropiación” se articula y se define el sistema de la literatura, creado por la crítica y reconocido luego por ella como natural. Este sistema (fuertemente codificado y convencional) es elevado por la clase que tiene los medios de producirlo a la condición de literatura, de única escritura posible. Y es precisamente cierta crítica la que viene a rubricar con el gesto de la **interpretación** esta *legalidad* basada en la represión de otras escrituras y lecturas posible.” “Hacia la crítica”, *Los Libros*, N° 28, Bs. As., septiembre 1972.

³⁴ “Hacia la crítica” op. cit.

³⁵ “Para comprender el riesgo y la confusión que implica este nuevo intento tal vez sea necesario exponer cuál es, desde nuestra perspectiva, una posible sistematización científica de la crítica. El proceso debe contemplar dos momentos básicos: un momento teórico-conceptual para proveer una real y válida síntesis de los aportes de las ciencias contemporáneas, sobre todo freudismo y marxismo, con los aportes parciales que no sean contradictorios con las mismas. Este momento teórico-conceptual debe surgir de una ruptura total y definitiva de la concepción burguesa representativa de la literatura que subyace en todas las prácticas de la crítica como se la ha ejercido hasta el momento en el país. Y un segundo momento conceptual-experimental que verifique su propia científicidad en la práctica crítica empírica.” Nicolás Rosa, “Borges y la crítica”, *Los Libros*, N° 26, Bs. As., mayo 1972.

³⁶ Como lo demuestra uno de los editoriales en relación a un debate acerca de un fenómeno como el sindicalismo peronista: “Si algo ha quedado en claro en las cuatro notas aparecidas es *la imposibilidad de una apreciación científica* del fenómeno al margen de postulaciones políticas precisas, *Los Libros*, N° 14, diciembre de 1970

Es evidente que los críticos de *Los Libros* tienen la plena conciencia de estar promoviendo un nuevo tipo de discurso y actividad, que se corrobora en la visión de un horizonte de exigencias metodológicas totalmente inusual para la crítica literaria argentina hasta ese entonces. Existe una suerte de voluntarismo crítico depositado en la confianza de la capacidad de intervención intelectual. Si hacer crítica es hacer política, *Los Libros* intenta fundar su praxis política desde la especificidad de su esfera de competencia.

En el contexto optimista de esta fundación, la crítica transformadora señala su compromiso con el objetivo último:

“Una crítica política de la cultura debería escribirse señalando un texto posible –el que de cuenta de la ideología y de los productos de la cultura dominante– y un texto futuro: el que pueda ser escrito rompiendo los límites impuestos por las relaciones de producción capitalista.”³⁷

Sin embargo, el propio proceso histórico y la coyuntura política inmediata irán reclamando nuevas definiciones. Frente a una realidad cada vez más apremiante, el debate interno en el seno de la revista se hará visible, y paulatinamente, las posiciones de los sectores que forman parte de ella se tornarán irreconciliables. Con el correr de los números y de los años mientras la historia argentina se vaya ensombreciendo, también se oscurecerán sus páginas.³⁸

De la crítica al servilismo

De la etapa crítica evocada en el comienzo de estas notas habíamos pasado al período del servilismo, sea cual fuere el amo (partido, líder carismático, representación de lo popular o de lo obrero) que nos convertía en siervos. De la etapa crítica pasamos al período de racionalización.

Beatriz Sarlo³⁹

³⁷ “Hacia la crítica”, op. cit.

³⁸ *Los Libros* empezó siendo una revista a color formato tabloide; con el transcurrir del tiempo achica sus páginas y se vuelve blanco y negro.

³⁹ Beatriz Sarlo, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, en *Punto de Vista* N° 25, año VII., 1985.

A pesar de la extremada confianza en la eficacia técnica de la crítica, la ambición de los intelectuales por intervenir en la esfera pública y en el terreno político irá progresivamente ampliando la esfera de sus intereses. Esta ampliación es acompañada, o mejor, condicionada por el proceso histórico de aceleración política que vive la Argentina y el resto de Latinoamérica. *Los Libros* se ve obligada a desplazar sus presupuestos iniciales⁴⁰ y ceder espacio a los sucesos históricos, a dar cuenta de la situación de los países en plenos procesos revolucionarios (los números especiales),⁴¹ a incorporar nuevos materiales y objetos discursivos (testimonio, documento, etc.). Este acontecer invita a replanteos y reformulaciones de las propias capacidades. Josefina Ludmer, en la encuesta sobre la crítica literaria del número veintiocho, explicita las limitaciones que comienzan a hacerse evidentes:

“El crítico argentino debe tomar conciencia, hoy, de que en nuestra sociedad dependiente del imperialismo su función es muy limitada (del mismo modo que el escritor); la revolución necesaria en la Argentina no se juega en el interior del trabajo crítico. Dentro de las escasas funciones político-sociales que le caben, la que en este momento puedo pensar como esencial se desarrolla en el campo de la ideología.”⁴²

Pero la definición se extrema cuando este rol asignado a lucha ideológica en el campo de la cultura parece resultar insuficiente. La realidad demanda otro tipo compromiso adicional, más orgánico, más concretamente político; tal y como lo expresan los dichos de Ricardo Piglia:

“hay que ligar el trabajo crítico con una instancia específicamente política, ligarse orgánicamente a la lucha de las masas y tratar de articular la especificidad de cada campo particular con el conjunto de la práctica revolucionaria.”⁴³

El imperativo de organicidad tiene profundas implicancias en el seno de la revista.

⁴⁰ El proyecto originario se refería a la crítica de libros, a partir del número 21 la consigna será: *Para una crítica política de la cultura*.

⁴¹ Chile (Nº 15/16 enero-febrero de 1971), Vietnam (Nº 18 abril de 1971), Bolivia (Nº 19 mayo de 1971), Cuba (junio de 1971), Córdoba (Nº 21 julio de 1971), Perú (Nº 22 agosto de 1971), y Tupamaros (24 enero de 1972).

⁴² *Los Libros*, Nº 28, septiembre de 1972.

⁴³ Op. cit.

La tensión, hasta entonces productiva, entre la órbita político-ideológica y el campo del trabajo teórico-crítico pierde estabilidad y sufre un desajuste en favor del primer término. Cuando la coyuntura política reclama definiciones, el colectivo intelectual no logra sostener sus acuerdos y sobrevienen las discrepancias y las rupturas.

Es así como sucede en el número 27 de julio de 1972. La dictadura de Lanusse había impulsado el Gran Acuerdo Nacional (GAN), que suponía un consenso entre los principales actores políticos para garantizar elecciones limpias; una propuesta de transición para un gobierno civil, que incluía la retirada estratégica de los militares del poder político central, para concentrarse en el combate a las movilizaciones obreras y a la creciente insurgencia guerrillera. En torno a estos acontecimientos *Los Libros* lanza un número especial y por primera vez en su historia explícita el desacuerdo de posiciones del consejo editor cuyos argumentos principales se exponen en el editorial. El texto señala dos posturas enfrentadas en relación con “el nivel de explicitación de lo político dentro del campo concreto de la revista”. Una posición sostiene que “el espacio definido de la revista (el de la crítica política de la cultura) no daba lugar a trabajos referidos al proceso político inmediato en cuanto tal (...) y que la propuesta de *Los Libros* se define en el campo de los fenómenos culturales considerados como un terreno más de la lucha ideológica, es decir, política”. La segunda y triunfante responde que “la revista admite, y más aún, requiere, en su actual estructura, la inclusión de artículos referidos a la coyuntura política inmediata”⁴⁴.

Pero más allá de las posiciones ideológicas acerca del rol del crítico, y la función, el modo y la forma en que debe desarrollar una revista la “crítica política de la cultura”, aquello que tensa las relaciones y las hace irreconciliables es “la caracterización de la situación” política que propone un texto de Carlos Altamirano. El problema es de tal magnitud que el editorial se permite por vez primera desautorizar parcialmente la intervención de uno de sus miembros: “el artículo interpretativo del fenómeno político actual, obviamente, no puede ser considerado como la expresión del consejo de dirección”. Los puntos fuertes del análisis tienen que ver con el papel del peronismo en el proceso revolucionario argentino. El texto caracteriza al peronismo como movimiento históricamente hegemonizado por la burguesía y señala como un error de análisis y un desatino político –la clave de la polémica– la confianza de la tendencia revolucionaria del

⁴⁴ *Los Libros*, N° 27, septiembre 1972.

peronismo en su capacidad de hegemonizar el movimiento y orientarlo en favor de sus objetivos.

Es necesario ilustrar la trama institucional en la que la discusión sobre el GAN se inscribe y el compromiso de los argumentos que se exponen. Todo un sector del consejo de dirección vinculado de alguna u otra forma a la tendencia revolucionaria del peronismo, y que no podía coincidir con la caracterización de Altamirano, abandona la revista inmediatamente después del número 28. El control del consejo a partir de ese momento recae en las manos de Beatriz Sarlo, del mismo Altamirano y de Ricardo Piglia. Este último sector chinoista –Sarlo y Altamirano adscriben al PCR, Piglia a Vanguardia Comunista–solidario y consecuente con los razonamientos de las organizaciones a las que pertenecen,⁴⁵ logra imponer su posición y ocupar el lugar de los que parten en función de asuntos políticos más urgentes.⁴⁶

La concomitancia de las posiciones y los análisis políticos respecto de las adscripciones partidarias se transformará en una característica permanente en la última etapa de la revista. Y una nueva ruptura cobrará forma cuando los miembros del consejo editor no coincidan en la caracterización del gobierno de Isabel Perón.⁴⁷ *Una política en la cultura* será la última consigna que ocluya el debate y el disenso interno. El terror impuesto por la dictadura hará el resto.

Diego Cousido

⁴⁵ Tanto el PCR como VC mandan a votar en blanco en las elecciones de marzo de 1973. Ver: HILB, Claudia, y LUTZKY, Daniel, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980. Política y violencia*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

⁴⁶ Nicolás Rosa es nombrado decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario. También Héctor Schmucler y Germán García ocuparán algún lugar de la función pública durante el gobierno camporista.

⁴⁷ El enfrentamiento entre Ricardo Piglia y el resto del consejo, que provoca la partida del mismo, también expresa las posiciones no coincidentes entre VC y el PCR.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI, 1999.
– *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1999.
- ARICÓ, José M., *La cola del diablo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- BURGOS, Raúl, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- CELLA, Susana (Comp.), *La irrupción de la crítica. Historia crítica de la literatura argentina vol. 10*, Buenos Aires, Emecé, 1999.
- CORREAS, Carlos, *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*, Buenos Aires, Catálogos, 1992.
- CROCE, Marcela, *Contorno. Izquierda y proyecto cultural*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1996.
- “Oscar Masotta: una crítica autobiográfica”, en Rosa, Nicolás (comp.), *Políticas de la crítica*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999.
- DESCOMBES, Vincent, *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Madrid, Cátedra, 1982.
- FONTDEVILLA, Eva y PULLEIRO, Adrián, “Los Libros. De la modernización a la partidización”, en *Zigurat*, Año 5, N° 5, Buenos Aires: Diciembre 2004–Enero 2005.
- FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1984.
- GILMAN, Claudia, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- GRAMSCI, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- HILB, Claudia, y LUTZKY, Daniel, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980. Política y violencia*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- JARKOWSKI, Aníbal, MONTALDO, Graciela, y SPERANZA, Graciela, “El estado de las cosas: veinte años de crítica argentina”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVI N° 31-32, Lima, 1990.
- MASOTTA, Oscar, *Conciencia y estructura*. Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968.
- ROSA, Nicolás, *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad del Litoral, 1987.

- “Veinte años atrás o la novela familiar de la crítica literaria argentina”, en Rosa, Nicolás (comp.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999.
- PANESI, Jorge, “La crítica argentina y el discurso de la dependencia” en *Críticas*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.
- SARLO, Beatriz, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, *Punto de Vista* N°25, año VII., 1985.
- SARTRE, Jean Paul, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 2003.
- SEBRELI, Juan José, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- TERÁN, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- TRÍMBOLI, Javier, *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- VERÓN, Eliseo, “Muerte y transfiguración del análisis marxista” en *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.